

# EL CORREO DE LA MODA,

PERIÓDICO DE LITERATURA, EDUCACION, TEATROS, LABORES Y MODAS.

Los artículos contenidos en este número son propiedad.

**SUMARIO.** *Revista de Modas*, por D.<sup>a</sup> Aurora Perez Miron.—*La Porcelana*, por D.<sup>a</sup> Angela Grassi.—*La modestia y la vanidad*, por D.<sup>a</sup> Faustina Saez de Melgar.—*Las campanas del convento* (poesía), por D. José Fernandez Bremon.—*Casarse por carambola* (continuacion), por D.<sup>a</sup> Micaela de Silva.—*Modas*.—**LÁMINAS:** *Figuras de Peinados*.—*Pliego de Dibujos y Patrones*.

## REVISTA DE MODAS.



É aquí nuestro primer saludo de año nuevo ! ¡ Hé aquí nuestro primer paso en el año 1867 ! Permitidme, queridas lectoras, que al proseguir mi agradable tarea de comunicaros las prescripciones de la Moda, empiece por saludaros deseándoos un año feliz, un año fecundo en esas pequeñas victorias de amor propio, que sin oponerse á sus virtudes domésticas, constituyen el encanto de la vida de la mujer.

La mayor parte de vosotras teneis veinte años: la mayor parte sereis lindas, y con tales condiciones, el año se presenta siempre vestido de rosa y oro. Dios os bendiga á vosotras, que recogeis á manos llenas las flores de la galantería y el amor, para depositarlas en el altar del amor filial ó de la conyugal abnegacion. ¡ Dios os bendiga á vosotras, encanto del salon, y orgullo y consuelo de la familia !

Quizá antes de ocuparme de las últimas novedades debería escribir un artículo crítico de la Moda del año anterior, haciendo constar su carácter, sus variaciones, sus tendencias... Esto seria saldar cuentas atrasadas y proceder con orden... Pero si la deidad á quien interpretamos está reñida con él, ¿ por qué hemos de quebrantar sus leyes, perdiendo en inútiles reflexiones un espacio que queremos aprovechar en noticias de interés ? Harto sabeis, sin que yo os lo diga, que la Moda se obstina en no abandonar el carácter del primer Imperio, al que se va acercando mas cada vez con su falda de gran nesgado, su talle corto, su peinado alto, y sobre todo con la reduccion del miriñaque, hoy solo admisible con dos ó tres aceros en el bajo, y de pequeño diámetro.

Como os hemos dicho en revistas anteriores, las telas

adoptadas para trajes de calle y visita son los tejidos pesados que tan bien se prestan al corte actual de la falda: el grós-grain, la popelina de Lyon, la seda brochada y el brocatel, siguen obteniendo gran éxito en los fondos negros y los colores capuchina y color de oro.

Entre todas estas telas no figura el raso, tejido únicamente adoptado por la señora casada para el salon, en competencia con el crespon, la gasa y el tarlatana, usado por las jóvenes solteras.

En el primer género nada tan distinguido como una falda nesgada de raso blanco, con guirnalda al pié de hojas y racimos, formada por raso verde y cuentas de cristal. Sobre ésta va una *túnica-sotana* de raso verde, escotada en cuadro, y que deja ver el adorno de la primera falda, recogiénola además en los costados una hilera de bullones de raso blanco en forma de óvalo, que orillados de cordon blanco y terminando en una borla perla cada uno, guarnecen por detrás el escote, y bajan por ambos lados hasta el término de la túnica: un cordon grueso verde y manga perdida abierta desde su pegadura y forrada de raso blanco, completan este traje, al que debe acompañar como tocado de cabeza una guirnalda de hojas de parra. El raso verde es el color predilecto de la Moda, y sobre todo aquel verde manzana tan estimado por nuestras abuelas.

En el segundo género, esto es, para jovencita, recomendamos una falda de tarlatana rosa con estensa cola, terminada en el bajo por un ancho volante tableado, á lo Luis XV. La sobre falda y cuerpo, son de gasa blanca, muy nesgada la primera y adornada en las costuras por una *ruche* de la misma gasa, y por tres en el bajo y en la berta.

Tres patas de cinta rosa vuelven de adentro, recojen la falda blanca sobre la rosa en las dos costuras de cada lado y



se repiten en los hombros, completando el traje cinturón rosa con tres caídas cortas al costado, terminadas por borlas.

Nada más propio para acompañarle que una corona de rosas, una cruz de oro sujeta con cinta rosa, que descende en largos cabos por detrás, y zapato escotado, de color de rosa también.

Formando contraste con estos ligeros atavíos, se han hecho trajes guarnecidos todos de piel, hechura á que se dá el nombre de *polonesas*. Estos trajes tienen su verdadera aplicación para recibir en casa, y se hacen generalmente en cachemir ó en seda *ouaté*, llevando únicamente alrededor un pequeño ribete de piel, que se prolonga además desde el cuello por delante en todo su largo. Su corte es de sotana.

Para teatro hácense vestas sin mangas, sin cerrar de adelante ni llegar á la cintura, que pueden llamarse un verdadero juguete! Parecen un rico chaleco colocado sobre el traje, y enriquecido con bordados y flecos de azabache! Las bertas destinadas al mismo objeto se hacen bullonadas ó con encajes de Cluny con rizos de cinta ó lazos en los hombros. Para sombrero de teatro el tul y el crespon: para sombrero de calle el terciopelo negro, azul ó violeta. Respecto de formas... redondos por detrás, cuadrado's, con picos... ¡Cuánta variedad! ¡Cuánto sombrero... y ninguno que haga el oficio de tal! Si ganan cada día en gusto y novedad, siguen estacionados en el tamaño, y lo mismo el María Stuard, que queda muy corto de los lados y avanza en pico, que el María-Antonietta de ala ondulada, que el Napolitano, todos abandonan á las bridas y al cabello el cuidado de cubrir y abrigar la cabeza.

Los prendidos de flores tienen en esta estación su verdadero imperio, y con gusto consignamos que, nunca como este año han triunfado en competencia con otros adornos: para trajes de baile tienen el privilegio de adornar los cabellos en corona, en grupos, ó en ramas sueltas, y con la adopción de la doble falda, extienden su dominio hasta las costuras de la superior, que cubren en ligerísimas guirnaldas, levantándola con graciosos ramos.

Nada más natural que este complemento para un traje de baile! Las flores son hermanas gemelas de la danza y la armonía! Ellas son símbolo de gracia, de alegría y de juventud!

En salidas de baile y de teatro se sostiene siempre la forma de rotonda, que presta abrigo sin deterioro del traje, y este año han venido á nuestros almacenes tejidos de un gusto encantador, á la par que de un abrigo innegable: los plateados sobre fondo rosa ó gris, los de larga felpa de un blanco brillante, los listados de lana legítima inglesa, se disputan el honor de cubrir los hombros desnudos de nuestras elegantes damas, pero sobre todos estos recomendamos uno de cachemir blanco, de forma de rotonda, prolongada en cola por detrás, algodónada y forrada de seda grana, guarnecida de una *ruche* de la misma seda, con capucha forrada y guarnecida de lo mismo con gran lazo grana en la parte superior: gran turca bordada con oro y torzal grana en el centro del abrigo por detrás, completa esta distinguida prenda nocturna.

AURORA PEREZ MIRON.

## INSTRUCCION.

### LA PORCELANA.

No son tan solo los hombres los que aseguran millares de conquistas á la industria, también ha habido mujeres que han subido arrancar sus secretos á la naturaleza, y que han ostentado los severos lauros de la ciencia, mezclados con las rosas de la hermosura.

Una de estas mujeres fué Mad. Durnet, natural de Limoges, en Francia. Ella reveló á su país el secreto de fabricar la porcelana: secreto que en Europa solo conocían los alemanes, y del cual reportaba su comercio incalculables beneficios.

El Asia oriental fué la cuna de esta bella clase de loza, y su origen se remonta á los tiempos mas antiguos.

Cuéntase que Pompeyo, después de haber sometido el Asia, sesenta años antes de la era cristiana, llevó á Roma aquellos célebres vasos llamados Murrhinos, que fueron

preferidos á los de oro, llegando á obtener tanta importancia, que Neron pagó por uno de ellos mas de un millón de nuestra moneda actual. Plinio asegura que estos vasos eran de porcelana, y que se fabricaban en la provincia persa de Herman, entonces Caramania.

Los romanos, que con tanto lujo y magnificencia celebraban sus festines, idearon incrustar en ellos, como hacían con los platos, fuentes y tazas comunes, millares de espejitos de oro y plata, que al paso que reproducían la imagen de los convidados, multiplicaban los objetos que adornaban la estancia, y centuplicaban el resplandor de las antorchas, colocadas en diáfanos cuernos, almenares de plata, cazoletas formadas de aros de oro, y lámparas de bronce de diversos colores, produciendo un efecto mágico y sorprendente.

Aunque los vasos traídos por Pompeyo no probasen la antigüedad de su origen, es de todos modos indudable que esta industria floreció desde tiempo inmemorial en la China y en el Japon.



La famosa torre de Kian-Ning, cubierta exteriormente de planchas de porcelana de diversos colores, fué construída en el siglo XIII, en la época en que los Mogoles acababan de invadir el celeste Imperio.

La primera porcelana de la India importada en Europa, lo fué por los portugueses en 1400.

El establecimiento de la Compañía de la India, contribuyó muchísimo á su propagacion, y la dieron nuevo impulso los brillantes ensayos que hizo de ella en Meissen, cerca de Dresde, Augusto II, Rey de Polonia.

Al instante, los diversos soberanos de Alemania, ansiaron tener cada uno su fábrica de porcelana.

El Gran Federico mostró tal interés para dotar á su país de esta preciosa industria, que se aprovechó de la victoria de sus armas para obligar á los habitantes de Meissen á que le entregasen algunos objetos de su fábrica, que hizo transportar con gran pompa á sus Estados. El cambio que efectuó con el Rey de Polonia, dándole un regimiento de dragones prusianos por cuatro rollos de porcelana, es muy conocido, y prueba la suma importancia que concedía á esta manufactura.

En aquel tiempo, es decir, en 1744, la fabricacion de la porcelana era considerada como la grande obra del siglo, y los mejores ingenios se dedicaban á buscar el modo de perfeccionarla, con tanto ardor y asiduidad como en tiempos anteriores se habia buscado la piedra filosofal. Era, por decirlo así, la mania dominante de la época, y como por encanto se establecieron las célebres fábricas de Copenhague, Munich, Louisbourg y Berlin.

La Francia no poseía el secreto de esta industria: la Francia fabricaba una porcelana casi tan bella como la de China, pero sin consistencia ninguna. Faltábale la materia primera; la clase de arcilla con que debia ser fabricada.

En vano el Rey habia prometido sumas enormes al que descubriese el secreto de esta materia indispensable; en vano los químicos mas ilustres habian consagrado largas y penosas vigiliás, habian emprendido largos y penosos viajes para buscar la solucion del enigma. Dios le habia reservado para premiar las virtudes de una mujer heroica y generosa.

Isabel, que así se llamaba Mad. Duruet, pertenecía á una de las familias mas ilustres de Limoges, y habitaba en una magnífica casa, no lejos del pueblo de Saint-Idriex.

Huérfana, rica, dueña de su albedrío, no habia tenido nunca mas amores que los libros, ni otra compañía que la de los sábios que acudían de todas partes á visitarla y á oír sus disertaciones, llenas de erudicion y de elocuencia. Ella tambien se habia ocupado de inquirir el gran secreto; pero el amor puso coto á sus investigaciones.

Un día, llevaron á su casa á un viajero, herido en medio del camino por dos ladrones. Era un pobre cirujano de Saint-Idriex, que carecía absolutamente de fortuna; pero que parecia ser rico de virtudes. Los ladrones le habian quitado sus escasos ahorros, y se mostraba tan abatido por este nuevo infortunio, que Isabel tuvo lástima de su triste abandono. De la compasion pasó al amor, y le concedió el título de esposo. Al principio fueron felices porque se amaban tiernamente; pero los parientes de la rica huérfana, que habian aspirado á su mano y á su fortuna, le suscitaron mil injustos pleitos, que si no lograron despojarle del todo de

sus riquezas, las redujeron casi á nada. Entonces el esposo en medio de su desesperacion, jugó y perdió; jugó otra vez, y no solo quedó privado de los escasos restos de sus bienes, sino que contrajo enormes deudas, imposibles de satisfacer. El pesar y los remordimientos le acarrearón una enfermedad, de resultas de la cual quedó ciego y paralítico.

Isabel no desmayó por esto: fuerte y animosa se instaló en una pobre y desmantalada casita, en donde se sostuvo y atendió á las necesidades del querido enfermo con el fruto de sus vigiliás. Las ciencias naturales, que habian servido antes de recreo á su espíritu, fueron la tabla benéfica en la que pudo salvarse del naufragio. Su saber era sólido y profundo, su fama creció, se extendió rápidamente, y de todos los pueblos vecinos acudían los jóvenes á recibir sus lecciones.

Algunos admiradores de su talento la instaron para que fuese á París, en donde hallaría mas ancho campo para estudiar y utilizar sus conocimientos.

—¿Por qué no, si fuese sola? respondía la heroica mujer. Pero no puedo esponer á mi esposo á un cambio de clima, que tal vez le perjudicaría, y mientras él aliente en ese lecho, prefiero cuidarle á todos los tesoros de la tierra!

Dios, que siempre premia las buenas acciones, premió su abnegacion cuando menos lo esperaba.

Obligada por la imperiosa necesidad, y no bastando las mas de las veces el fruto de su trabajo á cubrir sus atenciones y á pagar las deudas anteriores, se entregaba á los quehaceres mas rudos y groseros. Un día, queriendo quitar una mancha de grasa, sustituyó con un poco de arcilla cojida al acaso el jabon que no tenia, y quedó sumamente sorprendida al ver que formaba una masa dura, blanca y compacta.

Analizó la arcilla, buscó en los alrededores, y encontró que habia una gran cantidad de la misma clase. Entonces se dedicó otra vez, y en secreto, á la grande obra.

Al cabo de tres años de desvelos é infructuosas tentativas, pudo al fin enviar una taza, aunque groseramente fabricada, á la Academia de Ciencias de París.

Resonó un grito de entusiasmo entre los académicos al contemplarla: ¡el enigma estaba por fin resuelto!

Para su inventora fué el premio ofrecido en vano á tantos sábios, y ella fué quien montó la primera fábrica de Limoges, que mas tarde se unió á la famosa fábrica de Sèvres.

Para colmo de felicidades, Dios concedió á su marido la salud y muchos años de vida.

Los franceses imprimieron desde entonces á la nueva industria ese sello caprichoso y elegante que distingue á todas sus producciones, y la porcelana siguió en breve el movimiento introducido en la escultura y la pintura, por Pígallo y por Watteau.

Intermediaria entre ambas artes, y admitiendo su mútuo concurso, los grupos de porcelana, muy bien esculpidos, llegaron á figurar sin desdoro al lado de las estatuas y bajos relieves, y los paisajes de que estaban cubiertos los jarrones, candelabros y jardineras, armonizaban perfectamente con los cuadros.

Si en los demás países se habian apasionado por este arte, en Francia fué un verdadero frenesí, una verdadera



locura, que no tuvo ni tendrá jamás igual con ninguna otra de sus producciones.

Por lo mismo que habían tardado tanto en apoderarse del anhelado secreto, estaban mas orgullosos de poseerlo.

Se empleó la porcelana para todo: mesas, armarios, escritorios, estaban sostenidos por bellos grupos, que robaban su parecido á los personajes mas célebres de la corte, y adornados con remates opacos ó de un azul diáfano y hermoso, como el azul del cielo. También había lámparas de porcelana, ya figurando lazos de cintas de diversos colores, ya ramilletes de flores y de frutos, tan bien imitados, que podían causar envidia á la misma naturaleza.

Pero en lo que mayormente desplegaron los recursos de su imaginación y su buen gusto, fué en los servicios de mesa.

Los dorados ribetes, el fino esmalte, brillaban á la luz de millares de bujías que iluminaban la sala del festín, y las flores pintadas en las tazas y los platos parecían recién cojidas.

A veces ofrecían una copia exacta de los cuadros pintados al óleo; pero siempre se escogían los de asuntos risueños, tales como los de caza y escenas pastoriles, ó alegorías mitológicas, llenas de intención y gracia.

En un banquete dado en honor de la duquesa de Borbon, por el nacimiento del infortunado Duque de Enghien, se presentaron diferentes cuadros, copias de los festejos que acababan de celebrarse, hechos de porcelana. En uno de ellos, los juegos y los placeres, velaban alrededor de una bellísima cuna adornada de flores, en donde dormía el recién nacido, y los encajes que le cubrían estaban imitados de un modo tan sorprendente, que era preciso tocarlos para convencerse de que no estaban tejidos con un hilo imperceptible.

Sin embargo, este bellissimo arte, lejos de sostenerse á la altura en que había sabido colocarse, degeneró muy en breve. Hoy de todas aquellas magnificencias y maravillas, apenas quedan, como pobres muestras del pasado, obras debidas á la práctica y al ingenio, pero no inspiradas por el arte y el buen gusto.

En cuanto á nuestra España, contaba también con algunas fábricas notables, pero orgullosa con los tesoros que la llegaban de América, prefería á la humilde y quebradiza porcelana, sus servicios de plata y oro incrustados á veces de piedras preciosas, que despedían reflejos mas vivos y brillantes.

ANGELA GRASSI.

## LITERATURA.

### LA MODESTIA Y LA VANIDAD.

#### EJEMPLO.

La inocencia y la humildad son dos virtudes, que aunque la suerte les sea contraria, siempre hallan sobre la tierra su justa recompensa.

Vivían en una capital de provincia dos primas que, por ser hijas de dos hermanos, llevaban el mismo nombre y apellido. Pepa Lopez y Pepita Lopez, así las nombraban para distinguirlas, aunque se distinguían bastante por su posición y sus cualidades.

Pepita, hija única de un propietario riquísimo, era de pequeña estatura, pero extraordinariamente bella, con un cutis de raso, ojos negros y aterciopelados, de mirada dominante y avasalladora, donde se leía el orgullo y la altanería.

Pepa, por el contrario, huérfana y sin recursos de ningún género, vivía por caridad en la casa de su tío; no poseyendo como su prima una belleza espléndida, ni una fortuna, era muy modesta, muy humilde, y sobre manera tímida. Rara vez concurría á las reuniones ni á los teatros, casi siempre retirada en su habitación se consagraba en su aislamiento á ejercer la caridad haciendo ropita para los niños expósitos de los establecimientos de Beneficencia.

Una noche llegó su prima de un baile, donde había ido acompañada de su padre. Antes de acostarse fué Pepa, solícita y cariñosa á darla las buenas noches, ayudándola al propio tiempo á despojarse de las ricas galas con que se adornaba.

—Si vieras, prima, que contenta estoy, la dijo; esta noche he sido muy feliz.

—Tú lo eres siempre, querida mía, la contestó Pepa: ¿quién brilla tanto como tú? Donde quiera que te presentas hallas ovaciones y entusiasmo.

—Es verdad; pero esta noche conseguí eclipsar á todas las damas de la reunión, me presenté ataviada con ese bellissimo traje que tanto realza mi belleza, y me rodearon instantáneamente infinidad de caballeros, los mas distinguidos de la población, entre ellos el marqués del Agua, recién llegado de América, joven notabilísimo por su figura y por su fortuna; no te puedes imaginar la impresión que me ha hecho. Creo que no voy á dormir esta noche pensando en él.

—¿Tanto te gusta?

—Muchísimo, contestó Pepita con exaltación. Y creo que no debo serle indiferente, porque se acercó varias veces á pedirme que bailase con él, y aunque sus palabras no me declararon el estado de su corazón, me pareció por sus galanterías y por sus miradas que pensaba en hacerme el amor.

—¿Quién sabe!... Eres tan hermosa, que bien mereces la mano de un Marqués.



—¡Oh, prima mia!... Te aseguro que el ser Marquesa sería para mí el colmo de la felicidad.

Arrullada por estos sueños se acostó Pepita, teniendo grabada en el corazón la imagen del marquesito y su aristocrática corona, porque el defecto dominante de Pepita era una vanidad desordenada y ridícula.

Su modesta prima se retiró á su cuarto, y á las nueve de la mañana del día siguiente salió de su casa sencillamente vestida de negro, y acompañada de un criado, dirigiéndose primero á misa, y después á llevar á las Hermanas de la Caridad, en una casa de Beneficencia, las prendas que tenía concluidas.

En la iglesia notó que un joven embozado en una ancha capa y casi cubierto el rostro con el embozo, la miraba mucho. Ella le miró por casualidad, y sin saber por qué sintió un estremecimiento nervioso bajo el influjo de la mirada magnética del joven desconocido.

Pepa no era una belleza notable de esas que fascinan á primera vista, tenía sí agradables facciones, pero lo que en ella cautivaba era la expresión de angelical bondad que se retrataba en su rostro; parecía un espejo donde reflejaban las emociones de su alma, y su alma era bella como ninguna.

Al salir de la iglesia, una pobre mendiga que llevaba dos niños en los brazos, estenuados ambos por el hambre y la miseria, se acercó á pedirle una limosna.

Pepa, que tenía un corazón muy compasivo, no pudo ver tanta desgracia sin derramar una lágrima.

—Hermana mia, la dijo, me duele en el alma no poder socorrer á Vd., pero soy muy pobre, nada poseo y vivo á espensas de la caridad de un hermano de mi padre; sin embargo, puedo disponer de estos pendientes que fueron de mi bendita y noble madre, tómelos Vd. y véndalos, utilizándose de su producto: ¡ay! aunque lloro al separarme de ellos, conozco que no podían emplearse mejor, y mi madre me bendecirá desde el cielo.

Al decir esto, Pepa hizo entrar á la mendiga en un portal para que nadie se enterase de su acción, se quitó los pendientes y se los dió, dándoles antes un beso de despedida, en el que iba envuelta la mitad de su alma.

A poco salió del portal con el pañuelo en los ojos; el joven embozado había presenciado esta escena sin que ella le viera, y aprovechó un momento para preguntar al criado por su nombre y las señas de su casa.

Cuando quedó solo con la pobre madre, que lloraba de gratitud, la pidió los pendientes, se los compró á buen precio, y la recompensó además espléndidamente.

Desde entonces no faltó ningún día á la iglesia; Pepa le veía, y aquella mirada de fuego penetraba en su corazón, abrasándole y robándole la tranquilidad y el sueño.

Ignoraba su nombre; pero no podía dudar de su distinción y del respetuoso cariño que la demostraba.

A todo esto, Pepita volvía cada noche del teatro, y mas y mas desesperada, porque el marquesito del Agua no la declaraba nunca su amor.

Una mañana estaban almorzando, cuando entró un criado con una carta para el señor de Lopez.

El anciano la tomó, la leyó para sí, y después que hu-

bieron servido los postres, mandó retirar á los criados, diciéndole á su hija y á su sobrina, que le acompañaban á la mesa:

—Esta carta es del marqués del Agua, ese rico americano que hoy hace tanto ruido en la capital, me pide la mano de la señorita D.<sup>a</sup> Josefa Lopez, y me pide permiso para venir á ofrecernos sus respetos.

¡Oh! ¡bien decía yo que no tardaría en declararse!... exclamó Pepita, palmoteando con estrepitosa alegría.

Pepa bajó los ojos, no conocía al marqués del Agua, y su pensamiento, fijo en el desconocido de la iglesia, á quien no podía olvidar un solo momento, no se detuvo á envidiar la felicidad de su prima; la felicitó con toda la efusión de su ternura, y se retiró á su cuarto.

Por la tarde, y obtenido el permiso, se presentó el Marqués. Comprendiendo que no sería desairada su súplica, llevaba para regalársele á su futura un magnífico aderezo de brillantes de incalculable valor.

El señor de Lopez le recibió afablemente, y le manifestó que el asentimiento á su demanda debía reclamarle de la interesada, por lo tanto, pasaron á un precioso gabinete, donde las dos primas hacían labor.

—Hija mia, tengo el gusto de presentarte al señor marqués del Agua, que solicita tu mano: dijo el anciano á su hija.

Pepa le miró, y exhalando un agudo grito, se puso densamente pálida, faltándole poco para desmayarse.

El Marqués era su desconocido de la iglesia.

—¿Esta señorita es hija de Vd.? dijo éste, corriendo hacia ella.

—No, señor, es mi sobrina.

—Pues á ella es á quien amo, y su mano es la que pretendo.

Esta vez tocó á Pepita palidecer, y empezó á sentirse agitada de un temblor nervioso.

—Mi prima es una pobre infeliz que tenemos aquí recogida por caridad, dijo con la ira y el despecho pintado en el rostro, y Vd. me ha hecho un ultraje al pretender mi mano, siendo á ella á quien quiere.

—Perdone Vd.: yo me dirigí á este caballero pidiéndole la mano de la señorita D.<sup>a</sup> Josefa Lopez.

—Esa soy yo.

—Y tu prima también, dijo el anciano: llevais el mismo nombre; en eso ha estado el error. Pero, ¿cómo ha podido Vd. conocer á Pepa, si ella no asiste á ninguna diversion?

—La he conocido ejerciendo la caridad, hé aquí una prueba de la bondad de su corazón y el origen del amor sin límites que la profeso: dijo el Marqués presentando los pendientes.

—Son de mi sobrina, repuso el anciano: ¿y cómo están en poder de Vd.?

—Esta señorita, no teniendo dinero para socorrer á una pobre madre que imploraba su caridad, se los dió, y yo los adquirí, entregándoselos hoy con mi mano, mi fortuna y mi corazón.

¡Ah, exclamó la joven; yo no puedo admitir: ¡soy pobre!



—Pero es Vd. rica de virtudes, y esa es la verdadera riqueza que se debe buscar en la mujer. Yo anhelaba para esposa una joven modesta y llena de encantos, que huyendo de lucir sus gracias en el gran mundo, las esconde como la violeta en su pudoroso retiro: y solo Vd. ha conseguido inundar mi alma de un júbilo infinito, con el amor al desconocido de la iglesia, que no ha podido ocultar, porque lo descubren sus ojos.

Pepa, con el carmín del rubor en las mejillas, no acertaba á pronunciar palabra, mientras que su prima, furiosa, la dirigió una mirada de odio y se retiró, pretestando un fuerte ataque de nervios.

Su vanidad se exaltaba al ver que la humildad y la modestia tienen también en el mundo su justa recompensa.

FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

## LAS CAMPANAS DEL CONVENTO.

### I.

Era la niña muy bella,  
Era el militar apuesto;  
Morena de negros ojos,  
Él, de semblante moreno.  
Cruzáronse sus miradas  
Y en una se confundieron,  
Cuando tocaban á misa  
*Las campanas del convento.*

### II.

La niña se ha vuelto pálida,  
Vagan sus ojos inciertos,  
Su corazón la parece  
Que quiere rasgar el pecho.  
Ya no la rondan la calle,  
Ni la siguen en paseo,  
Y tiembla cuando repican  
*Las campanas del convento.*

### III.

—Qué hermosa está la novicia,  
Dice mirándola el pueblo;  
El Obispo la bendice,  
Suspiran mozos y viejos.  
Ya del velo la despojan,  
Ya la cortan el cabello,  
Y con su clamor lo anuncian  
*Las campanas del convento.*

### IV.

Un militar se detiene  
Junto al pórtico del templo;  
Dobra la frente y suspira  
Abrumado de recuerdos.

Se oye un cántico en el coro,  
Resuena el órgano dentro,  
Y tocan, tocan á fiesta  
*Las campanas del convento.*

JOSÉ FERNANDEZ BREMON.

## CASARSE POR CARAMBOLA.

(Continuacion.)

La Duquesa entró haciendo reverencias, y afectando una tranquilidad que desmentía su palidez amarillenta y el temblor de sus labios descoloridos. Despues que saludó á los augustos esposos, aguardó á que la dirijieran la palabra; pero el Rey parecia no haber notado su presencia, y la Reina, despues de dirijirla una mirada viva y escrutadora, permaneció callada y con los ojos inclinados al suelo; esto aumentó las angustias de la pobre Duquesa. Un sudor frio bañó las sienes de la infeliz, y sus rodillas chocábanse una con otra, y negábanse á sostenerla. En esto levantóse la cortina, y apareció la rubia cabeza de Luisa de Orleans, que tenía el privilegio de penetrar en la Cámara régia sin ser anunciada.

La Duquesa respiró, y su actitud cobró algo mas de firmeza. El Rey abrió los ojos, y sonrióse mirando á su nueva: las dos Reinas se miraron con singular espresion de altivez y mala voluntad.

La joven inclinóse á besar la mano al Rey, hizo un saludo frio y ceremonioso á la Reina, y sentóse tranquilamente junto á Felipe V. Isabel acababa de tomar un partido estremo; inclinóse al oído de su esposo, y le dijo:—Señor, si os fatiga el hablar, seré yo quien interroge á la duquesa de Monte Cano. Hizo el Rey un gesto de fastidio, inclinó la cabeza como en señal de asentimiento, y cerró los ojos.

—El Rey se halla enterado del escandaloso atropello que hubo anoche al pié del terrado á que dan tus ventanas, Duquesa, dijo la Farnesio recalcando las palabras. Aquí está el parte del capitán de guardia, añadió tomando un papel que había sobre los almohadones del sillón, y alargándosele á la Duquesa, que estaba ya mas muerta que viva, dijo:—Lée en alta voz, la cosa es grave, hay un hombre muerto...

Al oír esto, palideció la joven Reina, y no fué dueña de reprimir una débil exclamación; sus ojos se cerraron para no dejar ver el llanto que los arrasaba, y sus labios se movieron como para rezar, y pidió á Dios fuerzas para oír aquella terrible lectura.

La pobre Duquesa tomó el papel entre sus manos y comenzó á darle vueltas. Una nube cubría sus ojos, miraba, remiraba, y no veía que las letras estaban del revés. Luisa no podía soportar la incertidumbre.

—Y bien. ¿Qué haces, Monte Cano? exclamó imperiosamente. ¿No estás viendo que SS. MM. aguardan?

La Duquesa hizo un esfuerzo para leer, dió la vuelta al escrito, y á tropezones fué pronunciando la embrollada rela-



cion del jefe de la guardia, hombre mas valiente que letrado. La reina Luisa respiró al oír el párrafo siguiente:

«Bajo la susodicha ventana abierta, cerca de la escala de seda, cuyos cabos tocaban al suelo, encontramos el cadáver de un hombre contrahecho y mal vestido.»

—Pobre hombre! Dios le haya perdonado! exclamó Luisa desahogando su oprimido pecho con esta exclamacion, que la permitia suspirar libremente.

—A estas horas, Dios le habrá juzgado, añadió secamente la Farnesio. Continúa, Monte Cano.

La pobre señora continuó balbuceando la lectura de aquella especie de acta de acusacion, que tan de cerca la interesaba. El conde de Peñafior, y otro preso, que habia declarado llamarse Fernando Armiño, se obstinaban en guardar un silencio absoluto. Mas por la declaracion de la gitana, sabíase que el primero trataba de escalar el muro del convento para ir á una cita de amor, y como la escala pendia de la tercer ventana, que pertenece al dormitorio de una de las damas de la servidumbre de SS. MM., debe suponerse que la declaracion es veraz.

La Monte Cano concluyó á duras penas la lectura de aquel parte fatal; en él no figuraba escrito su nombre, pero las señas eran mortales. Así es que la Farnesio, despues de un momento de reflexion, fijó en ella una mirada penetrante, y dijo:—Duquesa, las apariencias están en contra tuya, pero el Rey no gusta de condenar sin oír; habla, pues te ha llamado para que des esplicaciones, que ruego á Dios te dejen completamente justificada.

La pobre camarera mayor miró con aire compungido á su señora; pero ésta solo contestó con otra mirada contrita y angustiosa. Habíala metido en el atolladero, y no se sintió con fuerzas para sacarla del apuro. Verdad era que habia llegado á la estancia del Rey con la intencion de acusarse á sí misma para salvar á su cómplice, pero en el momento de cumplir tan noble resolucion faltóla el valor, y no la fué posible resignarse á pasar por tan dura penitencia y abatimiento delante de la madrastra de su marido, que por lo tanto, era dos veces suegra. El orgullo venció á los demás sentimientos, por no empañar el brillo de su rango, no solo á la infeliz Duquesa, sino al mismo Conde hubiera sacrificado sin escrúpulo de conciencia. ¡Qué tanto pueden la vanidad y el egoismo!

La Monte Cano, al verse abandonada, cayó de rodillas ante la Farnesio, y sollozando exclamó:

—Señora, las apariencias me acusan, y aunque inocente, no sé cómo justificarme... A un tiempo he perdido la honra y la gracia de V. M. ¡Dios que vé la injusticia, me dé fuerzas para soportar la desgracia!

—¿Pero nada puedes alegar en tu defensa? dijo Isabel interrumpiendo sus exclamaciones. ¡Es imposible que no se te ocurran ciertas razones que disminuyan la culpabilidad! No se comprende que á tus años, con tu juicio, despues de haber sido el ejemplo de las viudas!... Vamos, fuerza es oírte decir que no puedes justificarte para creerlo!

La pobre señora no respondia mas que sollozando continuamente; antes que acusar á la jóven Reina se hubiera dejado conducir al suplicio. Mas no por eso dejaba de esperi-

mentar un vivo resentimiento, al ver que la dejaba, como se suele decir, en las astas del toro.

Así fué que, cuando la Farnesio dijo, despues de una pausa:

—Por satisfacer un capricho has comprometido la vida de un caballero. ¡Harto será que se libre de la muerte, hallándose, como se halla, convicto de su crimen, porque crimen es el escalamiento, y mas tratándose de una residencia real!

Ella con el acento de la indignacion mas viva, exclamó:

—¡Así le ahorquen! Ya que por culpa suya me veo deshonrada! Dios le perdone! Yo no podré fácilmente perdonarle.

—La reina Luisa levantóse, y fué á colocarse junto á una ventana, sobre cuyo marco se apoyó mirando hácia el campo; dos gruesos lagrimones rodaron entonces por sus mejillas y fueron á caer sobre la mano, quemándola como si fueran dos gotas de agua hirviendo.

La Farnesio, bien á pesar suyo, comprendió que la camarera mayor no cejaria en su propósito de salvar el honor de su señora á costa del suyo. Veíala muda, con los ojos bajos, la frente pálida, las cejas contraidas, y resuelta, por lo visto, á sufrir el destierro y la exoneracion. Esto no entraba en las miras de la Reina. Todo concluía con el castigo de la Duquesa y el de su presunto amante.

Si ella se dejaba condenar, ninguna sospecha recaía contra la verdadera culpable.

Isabel reflexionó un momento, y luego dijo con tono ácre:—Levántate, Duquesa, el Rey te hará saber sus órdenes.

La camarera obedeciola: enjugóse los párpados enrojecidos á fuerza de llorar, y arrimándose á la pared, cruzóse de brazos, y murmuró entre dientes algunas preces; todo el conjunto de su persona protestaba contra las sospechas que recaían sobre su honor.

¿Qué hombre, por enamoradizo que fuera, se habia de arriesgar á emprender semejante conquista? Verdad es que otras mujeres á los cincuenta no están libres de aventuras galantes; pero ella, que á los quince no habia sido jóven, á los cincuenta era un remedio contra las tentaciones amorosas.

La Farnesio miróla con cierta risita de incredulidad, y despues, inclinándose al oído del Rey, le dijo:—Señor, la gitana que habeis mandado comparecer como testigo, está en la antecámara. ¿Dais permiso para que pase á declarar?

El Rey hizo seña de que sí, mas no dijo una palabra; tomó despues una postura mas cómoda, reclinó la cabeza en las almohadas, cerró los ojos, y quedóse inmóvil; cualquiera hubiera creído que dormía, pero la reina Isabel no se dejó engañar por las apariencias; de sobra notó que su esposo, algo tardo de oído, ponía la mano en forma de trompetilla, para no perder una soía palabra de lo que se decia, y seguía estaba de que todo lo habia entendido perfectamente.

(Se continuará.)

MICAELA DE SILVA.



## MODAS.

## Explicacion del Figurin de peinados.

NÚMS. 1 y 2. *Peinado de baile para jovencita*, compuesto de rodete retorcido, bandós rizados y grupos de bucles cortos detrás de la oreja.

Ejecútase este peinado con raya en medio de la frente y otra transversal, rizando el cabello superior de cada rizo, y colocándole en bandós, sin mas bulto que el natural del rizo. Con el pelo de atrás, y añadiendo postizo si es necesario, se hace un retorcido, que se prende en círculo, completando el peinado grupos de rizos detrás de la oreja, y fleco de azabache colocado en dos diademas.

NUM. 3. *Peinado para teatro*, de dobles bandós y moña de cocas.

Se abre raya como para el anterior, y se divide el pelo de cada rizo en dos partes, haciendo con la superior bandó hacia abajo, y con la otra hacia arriba, que cubre el extremo de dos cintas que cortan los primeros en diadema. La moña de cocas va colocada alta, con bucles á los lados, peina y lazadas con caídas á la derecha.

NÚMS. 4 y 5. *Peinado para baile*, formado todo de cocas y tirabuzones intercalados entre ellas.

Ábrese raya á ocho centímetros de la frente, y en este sitio se toma un mechón de pelo, con el que se hace una trenza que sirve para ir sujetando á ella las cocas de adelante: con el pelo que se dejó hacia el rostro se hacen tres partes, levantándole del centro y haciendo con sus puntas tres pequeños bucles ó cocas sobre la sien, ejecutando después con el pelo de cada lado dos cocas mayores vueltas hacia arriba: con todo el pelo de atrás se cubre de cocas la cabeza toda, colocando bucles sueltos entre ellas, para lo cual se venden ya fijos en horquillas. Rosas sueltas colocadas en los huecos, sirven de adorno á tan lindo peinado.

## Explicacion del pliego de Dibujos y Patrones.

NUM. 1. *Ala de una gorra de mañana*, para niña, bordada con aplicacion de muselina sobre tul.

NUM. 2. *Fondo de la misma*.

NUM. 3. *Dibujo para sobanilla de altar ó alba*, bordado asimismo de aplicacion.

NUM. 4. *Escudo*, bordado á plumetis, para pañuelo.

NUM. 5. *Cuello de holanda*, con los rincones bordados al minuto en muselina, que se aplica recortando la otra tela.

NUM. 6. *Puño correspondiente*.

NUM. 7. *Cenefa para enagua*, bordada á plumetis y punto de armas con algodón grueso.

NUM. 8. *Entredos*, bordado al pasado.

NUM. 9. *Cifras con corona de Conde*, para ropas de cama ó mesa.

NUM. 10. *Cifras plumetis*, para pañuelo.

NÚMS. 11, 12, 14, 15 y 16. *Cifras y nombre*, bordados á plumetis.

NUM. 13. *Letras*, al minuto.

El patron que va á la espalda es de chaquetilla de casa con puntas, cuyo modelo ofrece el figurin núm. 836, repartido el mes anterior. Compónese como los generales, de *espalda*, *delantero*, *costadillo* y *manga*, empalmando las piezas por el uso conocido, y teniendo ya cada una de ellas la forma de los picos: va además patron de un *sombrero* prolongado de adelante y terminado en almenas por detrás para hacerse en terciopelo negro ó azul; y, por último, la plantilla de una *rotonda* ó *capa de señora*, cuyo croquis se ve tambien en el pliego. Este abrigo lleva pliegues en los hombros, y se compone de dos partes exactamente iguales; la espalda y el delantero. Para sacar de esta plantilla un patron del tamaño natural, nuestras lectoras recordarán las lecciones que les tenemos dadas por el sistema métrico decimal.

## ADVERTENCIA.

Rogamos á las señoras suscriptoras á *La Violeta*, cuyo abono venció en fin de Diciembre último, y no le hayan renovado aun á EL CORREO DE LA MODA, en el que aquel periódico se ha refundido, que no demoren el pasar aviso á esta Administracion, calle de las Huertas, núm. 37, si no quieren sufrir retraso en el recibo de los números, acomodándose á las

condiciones y precios insertas en las cubiertas de este número.

Por lo no firmado: el Director  
y Editor propietario, P. J. de la Peña.

MADRID.—1867.

IMPRESA DE M. Campo-Redondo.—OLMO, 14.